# El sucesor de la muerte

Jose Martin Guzman Peña

# Capítulo 1

***El sucesor de la muerte. . . El predador de la noche.***

Todo está mal, estoy confundido, no entiendo que está sucediendo con mi vida…

Siempre se repite el mismo sueño una y otra vez –siempre lo mismo– ¿Por qué?

Ya no más por favor, ya no más. Ayúdame Señor.

Ayúdame…

Eres el único que puede hacerlo, no quiero ser presa de él, del señor y amo de la noche. Mi cuerpo se resiste, mi mente lo absorbe, mi corazón se estremece, mi alma lo repele, es insoportable…

**1**

**CAPITULO**

El reloj de casa acaba de marcar las 12 de la noche, el eco sonoro de su repicar estremece mi corazón, mi cuerpo se tambalea cual si fuera una hoja. El ulular del viento llena mis oídos. Por más que dirijo la vista hacia algún sitio no veo nada. Todo es oscuridad.

Todo es completamente oscuridad. Nada es luz, estoy solo. Estoy atrapado en un mundo de tinieblas. Mi respiración es agitada y poco furtiva. . .

Sé que la hora ha llegado, y, sin embargo, mis padres aún no. . .

Sigo pensando, pero al tiempo no pienso nada. Sigo mirando, aunque la oscuridad inerte sea tan profunda como mi soledad…

Me dirijo a mi cuarto en espera de no llegar a él, mis pies inertes y sin fuerza me dirigen automáticamente, saben el camino de memoria, no ocupan la orden de mi cerebro, es como si una fuerza extraña me arrastrara hacia él, no puedo más. . .

Me estoy dirigiendo a un abismo sin salida, estoy cavando mi propia tumba. . .

Ahí está, ese maldito lugar en el que me siento ahogar, en el que siento cómo mis fuerzas se pierden y otro ser más se apodera de mí, no puedo más. . .

Algo me jala hacia la cama, algo extraño está ocurriendo con mi cuerpo, algo completamente raro, no lo puedo controlar, ha tomado posesión de mí una vez más.

— No.

No puedo resistirme, entre más lucho, más fuerte se vuelve, me obliga a dormir, a permanecer ahí acostado, siendo una vez más presa de él.

Mi cuerpo se resiste, mi mente lo absorbe, mi corazón se estremece, mi alma lo repele, es insoportable…

He caído en un enorme y profundo sueño, todo lo que veo a mi alrededor me parece familiar, recorro uno a uno los lugares que forman parte de aquel imponente sitio sin nombre aún, montones de gentes encapuchadas, vestidas completamente de negro me rodean y pronuncian palabras inexplicables, palabras raras, palabras que están en latín o en una lengua muerta, murmullos y gritos salen por doquier, parece ser que estoy en el lugar de los lamentos interminables, entre más avanzo y recorro aquél lugar más miedo y terror me da.

— Veo mucha gente muerta.

Gente que está en sus ataúdes, no son ataúdes comunes y corrientes son ataúdes extraños, raros, son ataúdes de cristal, las personas que están ahí dentro son personas que están siendo carcomidas por los gusanos.

Son personas vivas, están vivas. . . de ahí provienen esos gritos infernales.

De pronto todo se vuelve en absoluta calma, todo se vuelve en un silencio aterrador, en un silencio sepulcral, un hombre se dirige hacia una mesa que está rodeada con cirios, cirios de color negro, en aquel altar se encuentran varias copas de oro y una daga extraña, tiene incrustada una serie de piedras muy brillantes —es hermosa —el hombre que se dirige

apresuradamente hacia el altar lleva algo en brazos. . .

No logro distinguir que es, a esta distancia a la que me encuentro me es difícil observar con detenimiento, creo que es. . . es. . .

— Es un bebé —los encapuchados comienzan a danzar y gemir, parece que están contentos, parece que está a punto de iniciar alguna especie de ritual sagrado, colocan al pequeño sobre el altar, uno de los encapuchados, al parecer el mayor, se dirige rápidamente hacia el niño, hace una especie de reverencia a la persona que se encuentra frente al altar en señal de respeto, y desviste al pequeño, lo deja completamente desnudo, la temperatura de aquél lugar desciende drásticamente, se pone completamente helado, estoy seguro que estamos bajo cero grados.

Me quiero dirigir hacia el pequeño para auxiliarlo, me es imposible, me tapan el paso, empiezan a danzar y a interpretar una serie de cánticos, parece que los encapuchados están al borde de la locura, gritan, gimen y hacen una especie de movimientos raros, sus cuerpos se contorsionan, mi corazón late muy rápido, demasiado fuerte, estoy al borde de un colapso, el pequeño no sabe que es lo que está sucediendo, ni lo que le espera, el simplemente sonríe y mira a todos con detenimiento, los encapuchados le causan algo de gracia, su risa sonora es pacífica y tranquilizadora, es un bebé hermoso, tez blanca, muy blanca, pelo castaño claro, casi rubio y unos bellos ojos color azul celeste, es lo más llamativo que tiene, aparte de su encantadora y bella sonrisa angelical, se van acercando cada uno de los incautos y lo miran, hacen una especie de movimientos sobre su cuerpo, pero no llegan a tocarlo, lo hacen en el aire, parece ser que se lo están saboreando, lo acarician y. .

— No es posible, se lo están disputando.

Cada uno lo empieza a jalar por las extremidades, el pequeño es tomado por sorpresa, su llanto no se deja esperar, lo están lastimando, llora, grita e implora con las lágrimas y el llanto que lo dejen, voltea desesperadamente a su alrededor en espera de ser rescatado de sus predadores, por su madre, no hay respuesta de nadie, absolutamente nadie se mueve, la tensión en aquel sitio se vuelve cada vez más tensa, el hombre que está sentado frente al altar curva sus labios para dar paso a una sonrisa de satisfacción, se pone de pie, levanta las manos lo más alto que puede, para que guarden silencio, el bullicio cesa en pocos segundos y pronuncia algunas palabras inteligibles a mis oídos, bajando bruscamente los brazos:

— Déjenme ver a nuestro pequeño amigo, quiero ver a nuestro premio de consolación —mencionó riendo, se acercó al pequeño e hizo un gesto de placer y prosiguió. . .

— Esta criatura que se encuentra entre nosotros, es la fuente de nuestra energía, cada 25 años, cuando el sol se oculta y la luna aparece, este mismo fenómeno se vuelve a repetir una y otra vez, se busca un nuevo cuerpo, alguien joven, con carácter y decisión pero sobre todo. . . alguien muy especial, alguien que posea un Don —sonríe, y clava su fría mirada de acero sobre mis pequeños ojos color esmeralda, no pude sostenerla por mucho tiempo, aquellos ojos destellaban *odio*, de repente un olor muy característico se hizo presente, un olor entre oxido de sangre, rosas y azufre quemado, no sé cómo explicarlo, es un olor que te produce alegría, dolor y tristeza es. . . es. . . es *el olor a muerte*.

Era extraño, aparte de percibirlo, lo podía ver, era como una especie de neblina grisácea que iba apareciendo poco a poco y se hacía cada vez más densa, la persona que se encontraba junto al altar, al parecer un sacerdote negro, le empezaron a cambiar sus vestimentas paulatinamente, de la forma habitual como suelen vestir, fueron cambiando aún negro azabache, el pantalón se convirtió en una especie de túnica pegada al cuerpo, la camisa pasó a una especie de capa con hombreras que tenía una caída libre hasta tapar la parte de la rodilla y se ondeaba en forma insistente, raro, porque no hacía nada de aire.

Su semblante cambió drásticamente, paso de la apacible tranquilidad a la abrupta maldad, sus ojos se tornaron al rojo vivo, cual, si fueran dos enormes brazas de fuego ardientes, su boca se curvo cual sonrisa diabólica tiene un poseído, comenzó una especie de ritual en una lengua muy extraña:

*Elevet a monturnat a monsetiner*

*For guy a nabester forty mont*

*Serenus tenient que lemantes tu yes lai*

*O fanter fodertis, man far tu ley*

*Tu mantes for semnfer*

*A niter tu lemanter silvared*

Al parecer estaban haciendo un tipo de invocación, al centro del altar en donde se encontraba aquel pequeño aun llorando y con algunas marcas en su pequeño cuerpecito, se empezó a dibujar en el aire, con la neblina, una especie de estrella, no una común y corriente, era una estrella rara, al parecer era un signo especial e importante, al momento en que todos los presentes vieron aquella estrella emerger de la nada, se inclinaron en señal de respeto y el sacerdote pronunció:

— *Evenite, purinet amafat.* <<Ha llegado la hora>> — sonrió cual niño con juguete nuevo.

Temblando y ya sin fuerzas en los pies, me desplomo al piso y el olor a muerte es cada vez más fuerte, busco desesperadamente de dónde proviene, recorro aquél lugar rápidamente con la mirada, lo único que puedo ver son los pies deformes de los encapuchados, los tienen raros, son entre deformes y agazapados, con injertos de animales, algo más empezó a captar mi atención, una estrella negra comenzó a emerger del piso donde se encontraba parado el sacerdote negro, esa estrella lo recorría de pies a cabeza insistentemente, de repente la neblina salió como un chorro de agua del altar, levante la mirada cautelosamente y logré ver que aquella neblina salía del pequeño. La estrella que se había formado primero, estaba girando a unos escasos cinco metros de la pequeña criatura, algo le estaba sucediendo, algo extraño, el miedo me invadió por completo, se apoderó de mí.

— Tengo miedo. Mucho miedo.

En cuestión de segundos, todo había terminado, en un abrir y cerrar de ojos, aquél pequeño que estaba rebosante de vida y juventud, se había vuelto añicos, todo había terminado ya. . .

El sacerdote tomó la daga, los ojos le saltaban de las cuencas, estaban a punto de salírsele, la sonrisa era malvada y siniestra, inclinó la cabeza y la besó, la apretó con fuerza, la sostuvo en lo más alto con sus dos manos, un rayo de luz lunar iluminó aquél momento monstruoso, los encapuchados gemían de placer, estaban extasiados y esperaban con ansias aquél momento, el culmen de aquella iniciación.

Con todas sus fuerzas atravesó al pequeño con la daga justamente en el corazón, se escuchó un grito desgarrador, proveniente del chiquillo, sus ojos brillantes fueron perdiendo su luz, hasta convertirse en opacos y sin vida, la sangre brotó, cual chorro de agua viva, el sacerdote sonrió y carcajeo, su voz penetró y estremeció hasta el último rincón de aquél lugar, estremeciéndolo por completo.

Aún no contento con lo que había hecho, decidió abrir al niño exactamente por la mitad y empezó a esparcir sus intestinos, estómago, riñones, pulmones e hígado y todo lo que encontraba, a sus súbditos, estos se abalanzaban cual perros en espera de carne fresca, la tragaron y en señal de satisfacción profirieron un alarido al unísono.

Al instante algo salió del cuerpo del pequeño, algo blanco y luminoso, muy luminoso, al parecer era su alma, era muy hermosa, una luz inigualable, una luz muy pura, abandonó aquél cuerpecito y se alejó lo más rápido que pudo del lugar, en pocas palabras desapareció, se ocultó a la vista de sus predadores insaciables, lo vi, su rostro estaba contrariado no sabía qué

hacer, buscaba a su madre, la buscaba con insistencia, se sentía solo, muy solo y asustado, se sostenía el pecho con mucha insistencia, su rostro reflejaba dolor y sufrimiento. . . .

Devoraron el cuerpo de aquél ser sin vida y lo exprimieron cual naranja jugosa, toda aquella sangre la vertieron en seis copas de oro, dos grandes y cuatro pequeñas, las colmaron hasta los bordes, casi se chorreaba, los incautos se abalanzaban sobre ellas, cual, si fuera un delicioso y exquisito vino, el sacerdote tomó una de las copas mayores y la bebió.

La sangre me escurrió por los labios, estaba completamente fresca y muy suave, en pocas palabras estaba muy rica, sabrosa, deliciosa. . .

Me limpié la boca, saboree y disfruté aquél momento, repartí las cuatro copas restantes entre mis compañeros y amigos, los elegí cuidadosamente uno a uno, con características especiales, fuerza, agilidad, destreza y sobre todo con dones especiales al servicio de mi señor, la sangre les daría la pauta para su iniciación, despertaría en ellos la sed de venganza y sobretodo, despertaría y fortalecería sus dones, los agudizaría y serían más útiles, susceptibles a otros dones, servirían de imán. . . y sobre todo me ayudarían a matar y destruir. . .

No tomé conciencia de lo que había hecho hasta que, en aquél momento desperté gritando y llorando, bañado en sudor, estaba temblando, pues había sido observador, participe y actor principal de aquél perjurio siniestro y aterrador. . .